



EL MUNDO SEGÚN MAYARES

escribe GUSTAVO H. MAYARES

Combatiendo al capital



Bob Fosse, el laureado coreógrafo y director cinematográfico (de *All that jazz*, por ejemplo), sentenció que intercambiar archivos por la internet a través del Ares o del E-mule¹, por caso, no sólo es un delito sino también una forma de llevarnos al comunismo.

Nunca lo había visto de ese modo. Creía apenas que dicho acto (bajar películas y música de internet) respondía más bien a motivos sociales o causas más o menos prosaicas: pobreza, tacañería, avidez por el conocimiento, viveza criolla, ambición, curiosidad, gusto por la cultura universal, propensión genética al delito informático...

Sin embargo, Mr. Fosse me abrió los ojos sobre el tema, cuestión que debo agradecerle por éste y todos los medios de que disponga, de ahora en más.

Para empezar, digamos que hasta el momento no bajé mucho material, pero me hizo muy feliz descargar recientemente *Metrópolis*, de **Fritz Lang**, y *Las uvas de la ira*, de **John Ford**, dos películas² que, debo confesar, nunca había visto pero me debía. En el primer caso, porque la tenía como una especie de mito³ de la cinematografía – social y de ficción (o de ficción social, si se quiere)– y, en el segundo, porque si alguna vez he leído una novela que realmente me impresionó, hablamos de la homónima de **John Steinbeck**⁴.

Lo concreto es que me pasé bastante tiempo tratando de hallar dichos filmes entre bateas de clásicos de cineclubes y disquerías, en Blockbuster⁵ y hurgando en la red virtual; los encontré, pero sus respectivos precios siempre me hicieron retroceder aterrado ante las mismas (las bateas). Y como la necesidad tiene cara de hereje...

Mas si antes prevalecía la necesidad (por lo menos en mi caso), ahora también se trata de una cuestión rotundamente política, consecuencia lisa y llana de la voracidad capitalista: no puede ser que un DVD valga 50 mangos y un CD de música (originales ambos) otro tanto en un país donde ese el

ingreso diario de un trabajador.

Manos a la obra, entonces.

No obstante, debe tenerse presente que bajar películas de internet puede ser tremendamente tedioso y por momentos frustrante. Pasan las horas, los días, incluso las semanas, y a pesar de la banda ancha – siempre supuesta–, el fichero baja pausadamente, con una lentitud enervante, perversa, enloquecedora; luego, cuando el programa te muestra que faltan apenas un par de horas y vos comenzás a frotarte las manos e ilusionarte con el finde que pasarás viendo el pelucón de tus sueños, de pronto la conexión se cae y pasa de 01:48:33 a 1635:12:49 para finalizar... Esto, convenzamos, desmoraliza al más firme y convencido de los bolcheviques.

Pero cuando la espera fatal llega a su fin y ves que la descarga se ha completado, cuando a la mañana siguiente –si dejaste el asunto conectado toda la noche– descubris que la película de tus amores está ahí, completita y en la carpeta de descargas, la alegría es enorme y sentís que valió la pena la espera, el tedio y la frustración; que el mundo es bello y que las futuras generaciones de hombres nuevos y libres agradecerán tu extenuante esfuerzo.

Sin embargo, a veces tu alma vuelve al subsuelo cuando al pasarla descubris azorado que la película de marras se ve como el culo, no se oye o se oye muy mal, puro ruido, o le faltan los subtítulos⁶ o escenas completas o qué sé yo...

Verdad de Perogrullo: así es la tarea del

militante revolucionario. Como en la vida misma, se requiere paciencia, temple y valor si la intención es alcanzar la victoria y cambiar un mundo redondamente injusto, en el cual los bienes artísticos están vedados a las masas, condenadas per se a entretenerse con el baile de vedetongas de cuarta (aunque buenísimas) y cantos de ídolos americanos de barro.

Enarbolando pues mis banderas rojas, mal que les pese al estimado Bob, a la Metro Goldwin Mayer, a la Paramount, a la Universal y a la RKO Radio Pictures, sigo y seguiré descargando mis ficheros preferidos y, de paso, recobrando de los capitalistas la plusvalía que durante años me han extraído, y al imperialismo (de última, el 90 por ciento de las pelis son de allá) parte de las riquezas que han esquilmando a la América Latina por medio del saqueo secular al que hemos estado expuestos desde la conquista española hasta el momento en que escribo esta palabra (palabra).

Y si algún quisquilloso funcionario considera que el presente artículo es una confesión de parte, relevando para el caso cualquier otra prueba, o una redonda apología del delito, solicitando a los estrados mi captura y procesamiento, no tendré más alternativa que hacer lo que mis queridos camaradas virtuales y vendederos de arte en soportes truchos vienen soportando estoicamente: pasar a la clandestinidad.

En esto de la lucha política no hay marcha atrás. Cual militante espartano por la liberación, continuaré adquiriendo los es-

trenos en CD o, en el mejor de los casos, en «calidad DVD», según me indica la señorita que los vende a la puerta del supermercado, y soportando las risas de los espectadores de cine, las sombras de éstos cuando se ponen de pie frente a la pantalla, los repentinos pixelamientos, los dobles subtítulos: arriba chino o ruso y abajo en improbable castellano (cuando no su repentina ausencia en ciertas escenas), el sonido directo, pastoso, demasiado agudo o demasiado grave del cine, los inopinados movimientos de cámara digital cuando nuestro camarada graba in situ, etc.; incluso los horribles doblajes gallegos cuando se trata de ciertos clásicos difíciles de hallar con subtítulo o doblaje latino, como se dice, al menos.

La militancia, por cierto, no es para cobardes o pusilánimes.

Con el corazón ardiente y el cerebro frío, como diría Lenin, se trata de abordar el problema planteando primero una táctica: escuchar música y ver películas en forma gratuita mientras la alienación reina, y luego una estrategia: lograr que toda la música y todo el cine sean gratuitos per se. ¿O no fueron **Marx** y **Engels** quienes, premonitoriamente, dijeron que comunismo es la etapa de la sociedad en la que el hombre podrá dedicarse enteramente al ocio (a la pereza, añadiría el yerno marxista **Paul Laffargue**) porque se habrá librado de la explotación y de la opresión por medios revolucionarios y teniendo en cuenta que, previamente, el capitalismo habrá llegado a un estadio de desarrollo que, aunque regresivo en lo que hace a las condiciones de vida de la humanidad, garantizará los bienes de producción y consumo más o menos automáticamente, sin intervención de la mano humana, sin obreros ni burgueses?

Uno, sin embargo, es conciente de que como ciudadano común y corriente no terminará con el capital ensayando una y otra vez este combate; uno también es conciente de que apenas aporta su granito de arena al derrumbe que solito el capital se infringe. Sabe uno, además, que la tasa de ganancia capitalista no desciende agudamente gracias al disquito de los **Rolling Stones** –que ya son demasiado ricos, por cierto– ni a la pelucita de **Spielberg** –otro demasiado rico– descargados gratuitamente con el Ares. Pero lo hace con orgullo militante uno •

¹ Lo cual, como se presupone en el presente artículo, se extiende a comprar música en el colectivo o películas al vendedor de tales truchas de la esquina de casa.

² Ojo, que también me hice de unos cuantos y recordados clásicos de *Sábados de Super Acción: El planeta prohibido*, con Walter Pidgeon, un jovencísimo Leslie Nilsen y una platinada y semidesnuda Anne Francis; *El ladrón de Bagdad*; *El planeta sangriento*: vampirismo espacial; etc.

³ Leí por ahí que era la película preferida de Hitler; tras verla, no tengo dudas del por qué. Ese estrechamiento de manos entre el cerebro y la mano del apoteósico final, también me trae reminiscencias del presente.

⁴ Recomiendo sinceramente muchos libros de Steinbeck, pero junto a *Las uvas...* (también conocido como *Viñas de ira*) puedo hacer lo mismo con *La perla*, una novelita –en lo que hace a su extensión– maravillosa. Por cierto, creo haber dicho ya que otra pequeña novela del susodicho, *Tortilla Flat*, me inspiró para escribir mis historias de Hurlingham (http://elmundosegunmayares.com.ar/libros/la_de_maria_y_otras_historias_de_hurlingham_gustavo_h_mayares.pdf).

⁵ Cerró la sucursal de Hurlingham! ¿Podemos considerar a ésta como una pequeña victoria, la primera de las batallas ganadas?

⁶ ¿Viste? Si no me equivoco, Trotsky recomendaba que todo militante debe aprender ingles...